



NUEVA RELACION Y VERDADERO ROMANCE, EN QUE
se refiere el infeliz cautiverio, y loables aventuras de Andriónico, natural de Esclavonia. Dase cuenta de los amores que tuvo, y de lo que le sucedió con un leon, que reconocido à los beneficios que de él havia recibido, se humilló à sus pies; con lo demás que verá el curioso Lector.

Escuchame, invicto Cesar, si el escuchar no te enfada, y verás, que de Esclavonia soy natural, y se llama Mántuca donde nací, cuyas celebres murallas le cobran tributo al sol, despues de ausentarse el alba. Aquí pues, señor, crióse frente à frente de mi casa una tan bella Pastora, que pudo el discurso en tanta magestad decir: No hay mas que ver en muger humana. Pues una tarde que el sol del hechizo de su cara salió eclipsado, por ser quien à su luz eclipsaba una celosía, que astutamente ocultaba sus reflexos, mas no obstante Cupido sacó su aljava, y tirándome una flecha, quedé rendido à sus plantas. Creció nuestro amor, y fue con tan vehementes ansias,

que era su casa y la mia teatro, donde cifraba nuestro amor finas caricias: mas à este tiempo mi patria se reveló contra Roma y fui yo (fatal desgracia!) à servidumbre de esclavo, condenado, por la mala fortuna; y así señor, sabrás, que la realzada Casa de los Andrionicos, es la mia, y que me llaman Andrionico, pues mi padre así tambien se llamava, y mis abuelos lo mismo, por ser familia tan clara como la de Fabio en Roma, y la de Austria en España. Y aunque ahora mi fortuna me ha traído por ser varia, à verme esclavo, lo mas que llega à sentir el alma, es aver perdido (ay Dios!) aquella perla estimada de Mirafior; pues sintiendo verme sin verla ni hablarla,

peno, siento, sufro, y lloro
el no llegar à gozarla,
mas que todo el cautiverio,
y el castigo que me aguarda;
por cuya ocasion mi amo
Marcio me puso en la plaza,
y vendiome, gran señor,
à un aserrador de tablas,
el qual como vió que yo
le daba mas buena maña
à una lanza, que à la sierra,
bolvió à venderme, y mi ama
lo sintió, compróme Dazo
en cien ducados de plata.
Entonces, Señor, tu padre
ordena, dispone, manda
de embiarlo à una provincia,
que allá en el Africa llaman
Numidia, para que en ella
el régimen gobernára,
porque en los casos de guerra
tiene experiencia sobrada:
y à mí, que su esclavo era,
me hacia que amasara,
que moliera, y que cerniera,
y que le hiciera la cama.
Qué mas quieres que te diga?
quando, señor, no me daba
ni zapatos, ni camisa,
y despues con furia estraña
me mandaba, que de noche
texiése espueñas de palma,
las quales iba à vender;
y si no las despachaba
no me daba de comer,
ni de azotar me dexaba.
Y sintiendo esta desdicha,
dos mil veces le rogaba,
que me vendiese ò me diese
la muerte, ò que me quitara
la vida, para no estar
en su esclavitud tirana,

pues jamás yo de su boca
oí una mansa palabra.
Y así de aqueste presagio
gocé el tiempo que en su casa
estruve, que fueron once
años, y aun pienso que pasan
de once mil, segun mi cuenta,
y lo mal que lo pasaba,
cuya affligida pasion
dió ocasion à que dexára
à mi amo, y fugitivo
me fui ahito, porque estava
deseoso de morir,
y procuraba con ansias
que las fieras me comiesen
en sus ásperas montañas.
Y yendo por el camino,
de mí mismo me afrentaba,
pues era, señor, mi ropa
tan pobre, que aquí se agravía
mi lengua de referirlo,
pues las pulidas albarcas
que calzaba, eran de esparto,
y por ser tela delgada,
de cáñamo una camisa,
con un sombrero de palma,
y para comer saqué
un zurroncillo de pasas,
y un corchuelo en que previne
llevar una poca de agua;
de modo, que todo ello
pudiera à larga distancia
de mantenerme seis dias,
y que despues de acabada
esta prevencion muriese,
ò que bestias me quitáran
la vida en aquel desierto;
mas dispuse que lograra
mejor fortuna mi intento,
y con ansia acelerada,
fatigando de los montes
la maleza enmarañada, tres

N. 22. 228

tres días con sus tres noches
anduve, y viendo cansadas
mis fuerzas, busqué el descanso
en la mayor emboscada,
por escaparme de aquellos
tiranos que me buscaban.
Escondime en una cueva
grande de suyo, y la entrada
algo angosta, y por de fuera
era, señor, enriscada,
ancha en el medio, y la luz,
ni bien lóbrega ni clara.
Y à penas hubo seis horas
que este sitio me ocultava,
quando vi subitamente
de que por la puerta entraba
un feroz Leon, y que
manos, pecho, boca, y barba
tenia en sangre teñidas,
cuyas señales me davan
à entender, ser de algun hombre
que andaba en el monte à caza,
o de otro fiero animal,
que sin remedio à sus garras
perdió el infeliz la vida.
Con qué dolor pena estraña!
me vi, señor, quando vi
que à la puerta se sentaba
de la cueva; y que el remedio
de mi vida, aqui se halla
sin remedio: mira ahora
en esta adversa y tirana
fortuna, qual estaria,
pues solo en pensarlo pasan
en esta ocasion mis ojos
à llorar la angustia amarga
que en aquel lance sentí,
pues cayendome de espaldas
sin sentido me quedé,
entendiendo ser llegada
mi fatal hora, y que yo
à sus manos entregaba

lo misero de mi vida.
Ó quanto trecho se pasa
del blasonar de la muerte,
al verla estar asomada
à la puerta de los ojos!
Mira en qué afliccion mi alma
estaria, quando vi
mi sepulcro en las entrañas
de aquel feroz animal,
sin tener quien me librara
del peligro, mas señor,
apenas movió las plantas
el leon, quando reparo,
y veo que cojeaba
de una mano, y que se llega
à mí, que mortal estaba,
y que la su mano enferma
sobre las mias sentaba,
como dándome à entender
de que yo se la curara,
y aun te aseguro, señor,
que no hay lengua que bastara
à ponderar la alegria
que cobré, viendo tan mansa
su ferocidad; yo entonces
saqué de mi tosca bayna
un cuchillo, y con la punta
le abrí la mano hinchada,
y sacarole una espina,
que tenia atravesada,
esprimile la materia,
y dispuse de curarla,
lavandola con orines,
y sirvicado de triaca
mi saliva, y despues de esto,
de mi camisa rasgada
un pedazo, que le até,
porque el dolor mitigara.
Seis dias con él estuve,
y en ellos, señor, pasaba
plaza de médico yo;
y él porque yo le curaba,

me pagaba, pues traía de las fieras que mataba la carne, para que yo con ella me sustentara. Mas un día que salió à cazar à la montaña, dexé su alvergue, y me fui, enfadado de las malas comidas, donde ocultéme de allí no larga distancia: y quando à la cueva vino, y vido de que no estaba yo en la cueva, fue señor, tal su sentir, que bramava, de suerte, que los bramidos los oía donde estaba, y yo de verlo y oírlo te aseguro que lloraba, cuya lástima me dió ocasion à que dexara este sitio por la pena; mas mi tirana desgracia me llevó donde los mismos, que à mí, señor, me buscavan, me prendieron, y à mi amo me llevan con furia estraña, donde estuve prisionero en tinieblas, pues la clara luz del día no la ví, hasta que llegó una carta de Tito, en que manda y pide, de que todos los que estaban prisioneros, se los lleven, porque es costumbre Romana celebrar el día en que nace Principe, ò Monarca, con fiestas, echando esclavos à pelear en la plaza con las fieras, porque así Tito lo ordena, y lo manda. En fin pues, llegando à Roma se presentó la batalla

de los brutos, y los hombres, y quando mas festejada estava, señor, la corte, salió un leon à la plaza tan feróz, que en poco tiempo despedazó con las garras quince hombres, y à este mismo me echaron, porque acabara infelizmente mi vida. Mas apenas la inhumana ira del bruto me vió, amaynó su furia brava; pues llegándose à mis pies, me acaricia y me alhaga, prueba que viene, señor à ser el que yo curaba en la cueva, y Tito entonces, viendo el prodigio, me manda la libertad, y me fuese, llevándome en mi compañía al leon, que agradecido, aunque bruto, se mostraba; acción contraria en los hombres, pues vemos de que se paga comunmente un agasajo con una intencion villana. Fuíme, y busqué, gran señor, hasta llegar à mi patria, y entendiendo que casada estuviera Mirafior, no me parecieron largas las jornadas, mas halléla aguardando la palabra que la dí, y como noble se la cumplí, y celebradas las bodas, pedí señor, que con pluma delirada escribiese Manuel Diaz a questa triste é infauzta tragedia mia. porque en verso se divulgara. FIN.

VALENCIA: Por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsería, núm 18.